

González Echevarría, Roberto. *Mito y Archivo: Una teoría de la narrativa latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000. 274 págs.

La propuesta de *Mito y Archivo*, plantea la necesidad de contradecir dos concepciones presentes en los estudios literarios. González Echevarría comenta, en su prefacio, con respecto a la primera: "Estaba sumamente impresionado con toda la teoría pero me asombraba que casi toda pasara por alto la picaresca española y que toda insistiera en asociar la novela con una forma literaria previa como la épica o la sátira menipea. A mi juicio, la picaresca y las novelas latinoamericanas sólo podían encajar en este esquema genealógico con no poca tergiversación" (16); de aquí surge la idea de rastrear los orígenes y el desarrollo de estas novelas desde otro punto de vista, es decir, asociándolas con un contexto histórico-social muy posterior a aquel que dio paso a la manifestación de las formas literarias clásicas, más específicamente, el siglo XVI tanto en España como en la América colonial. La segunda idea que se rebate en el texto tiene que ver con la relación directa que se ha establecido entre la producción literaria latinoamericana y los modelos literarios europeos. Desde la perspectiva de González Echevarría la novela moderna, en sus inicios, niega su naturaleza literaria y prefiere adoptar la forma del discurso que legítimamente se reconoce como portador de verdad.

González Echevarría contradice, entonces, tanto la idea de la novela como una forma literaria contemporánea de la épica, como la de concebir la literatura latinoamericana como la recreación de los modelos europeos literarios. Se trata de mirar el texto no en tanto reescritura del discurso literario que le precede, sino de reconocer como parte de la naturaleza de la novela moderna, la necesidad de negar, en un principio, su carácter literario.

Sin duda para poder entender el tipo de relaciones que el autor establece, es importante recordar que, ni considera la novela como un discurso enteramente autónomo, ni tampoco la pretende reducir al "burdo" reflejo de condiciones histórico-sociales. Pero la decisión de abordar el texto literario desde un punto de vista multidisciplinario implica, para González Echevarría, involucrarse con saberes fuera de su especialidad. Si bien reconoce el peligro de esta situación prefiere defender que esta misma distancia le permite abordar dichas disciplinas desde una perspectiva innovadora. Ahora bien, los saberes a los que tiene que enfrentarse corresponden a tres discursos en tres

momentos históricos distintos y que por supuesto, según el autor, se relacionan por su influencia dentro del desarrollo de la narrativa moderna: el discurso jurídico del siglo XVI, tanto en España como en la América colonial; el discurso científico del siglo XIX o la segunda conquista de América; y el discurso antropológico del siglo XX.

Roberto González Echevarría comenta, en el Prefacio de la edición española de *Mito y Archivo*, que el origen de este estudio se remonta a una de sus clases en Cornell University. Allí el tema central giraba en torno a las *Novelas ejemplares* de Cervantes. González Echevarría observó, en ese entonces, que el protagonista de uno de los relatos era, no gratuitamente, un abogado; esto quizás no hubiera tenido pertinencia más que para el desarrollo de una nueva interpretación sobre la novela moderna española, si el profesor, en el mismo momento, no se encontrara estudiando ciertos textos coloniales del siglo XVI. Al estudiar, simultáneamente, manifestaciones literarias que, si bien pertenecían a escenarios distintos, compartían una misma época, González Echevarría pudo detectar más claramente la relación entre el discurso jurídico (el Archivo) y esta producción literaria.

De esta manera el discurso legal, como discurso legítimo, va a ser el primero que dé origen a lo que González Echevarría denomina "ficciones del archivo". Dos textos que sirven para mostrar esta relación son: el *Lazarillo de Tormes* y los escritos del Inca Garcilaso de la Vega. La novela se apropió del discurso hegemónico, es decir, del discurso legal, que es el portador de la verdad y de la autoridad; se apropió de él —y en esto consiste la negación del discurso literario por parte de la novela—, pero sólo adopta de éste la forma. De manera que los protagonistas de estos textos justifican sus acciones y logran convertir la ficción del archivo en un acto de liberación. Así, el relato de Lázaro, tiene la forma de una declaración notarial en su comienzo pero no contiene el castigo al final de la novela; en esa misma medida Garcilaso puede reescribir la historia de su padre y de su pueblo para contradecir aquella que "los historiadores" ya habían consignado.

El segundo discurso hegemónico, que propicia la ficción del archivo, es el de la ciencia en el siglo XIX. América va a ser dibujada en los catálogos de Humboldt y los dibujos de todos estos viajeros, respaldados por el lenguaje científico, van a ejercer gran influencia como portadores de realidad. El archivo, representado ahora por el discurso de la ciencia, es aprovechado en obras como *Facundo* y *Os sertões*. Este nuevo discurso hegemónico pretende identificar, representar y clasificar un "Otro", mediante las ideas del tiempo y la evolución;

pero la posición del protagonista en *Facundo* es ambigua puesto que representa tanto el objeto como el sujeto de la observación. Ahora bien, si la ficción del archivo, en el caso del discurso legal, trastoca la consecuencia del castigo en liberación, la ficción del archivo, para el siglo XIX, muestra la imposibilidad de reducir a ese "Otro" a un discurso. Una vez más la narrativa adopta la forma del lenguaje que se considera como legítimo y, a través del mismo, lo deslegitima.

Por otra parte, la hegemonía del discurso científico se rompe por cuanto el acontecimiento de la Primera Guerra Mundial produce en América Latina la desaparición del positivismo y el desencanto por las promesas de la ciencia. El nuevo discurso que aparece entonces, para el siglo XX, es el de la antropología; pero no se trata aquí de una disciplina derivada de los principios de las ciencias naturales. Desde este momento, como lo afirma el autor "la cultura europea ya no se consideraría la meta lógica o incluso deseable de la evolución; la cultura empezó a concebirse de una manera plural, o mejor dicho, la idea de que la cultura en general, no las culturas nativas vistas desde arriba, constituyía el mundo, se volvió un principio central en la nueva antropología. Ahora el cambio era precisamente un viraje hacia lo que el nativo decía" (209). Ya no es tan importante clasificar al "Otro" dentro de una categoría, sino buscar qué conocimiento detenta ese "Otro". La ficción del archivo, que parte del discurso antropológico, no solamente va a conseguir en este archivo "una fuente de relatos" importante, sino que, además, va a preocuparse directamente por el problema de los orígenes; y esta preocupación está mediada por la influencia del discurso antropológico interesado por las preguntas sobre el mito y el lenguaje.

En *Cien años de soledad*, por ejemplo, se pueden rastrear los mitos que se recrean a partir de la obra; pero, más allá de este ejercicio, la novela puede mostrar otro tipo de relaciones más profundas. Según González Echevarría, dos historias confluyen en la novela de García Márquez: de un lado aquella de la estirpe fundadora, y de otro, la historia del desciframiento de los manuscritos de Melquíades. El cuarto de éste último personaje hace las veces de Archivo. De ahí que los pergaminos sean un texto fragmentario y que para ser entendidos necesiten de un intérprete especializado. En esta novela, como en *Los pasos perdidos*, continúa la búsqueda de las claves y del origen de la cultura latinoamericana. González Echevarría vuelve sobre ellas para mostrar que estas ficciones de archivo ya no niegan su

naturaleza literaria, pero sí quieren construir una especie de antropología propia. En la adopción del origen de la cultura como un eje temático está el carácter mítico de *Cien años de soledad* y de *Los pasos perdidos*, como ficciones de archivo. A su vez, el archivo resulta mítico por cuanto contiene el secreto del origen, pero es moderno porque, ante la pérdida de un discurso legítimo y unívoco que lo respalde, adquiere una naturaleza plural y relativa: "El archivo recoge y suelta, no puede marcar o determinar. El archivo no puede erigirse en mito nacional o cultural, aunque su construcción sigue revelando un anhelo por la creación de un grandioso metarrelato político-cultural" (240).

El estudio de González Echavarría termina con la pregunta sobre la nueva literatura. Se trata de concebir una nueva producción más allá del archivo o de plantear cuál sería el nuevo discurso de la legitimidad que entraría a mediarla. Aunque el autor deja apenas abiertas las posibilidades, alcanza a proponer el lenguaje de la información como ese nuevo discurso portador de realidad, lo cual resulta bastante interesante si podemos reconocer el poder que ejercen los medios de comunicación hoy en día en la configuración de la realidad. Me refiero a la legitimidad de la versión que estos presentan como veraz, pura, directa y objetiva, donde el espectador pocas veces evidencia las implicaciones de la manera como se organizan y priorizan los acontecimientos y las especulaciones con respecto a estos. En este tipo de relación entre el espectador y los medios de información, tendría mucho sentido adjudicar a los últimos la categoría de discurso hegémónico para nuestra época.

Durante todo el estudio, el autor procura sustentar sus planteamientos en distintas obras literarias, de las cuales quedan aquí mencionadas algunas. Su idea de plantear una nueva propuesta sobre el origen de la narrativa latinoamericana, altera la priorización que se ha hecho hasta ahora de la producción literaria del siglo XIX, por ejemplo, e incluso desplaza el estudio de *Maria* por el de obras, como *Os sertões* o *Facundo*, que tanto eludieron su carácter literario. González Echevarría sostiene: "Mi anhelo ha sido ser archivo, en el sentido en que se usa el término en este libro" (18) y en esta medida se reconoce como un intérprete especializado de su propio texto, y de todos los textos involucrados, que siempre conservarán tanto su carácter fragmentario como su poder revelador.